

“Nanina, sol y siesta son nuestra sagrada trinidad”. El autor retorna insistentemente a esta imagen de libertad, a los juegos de niñez, a una gata-símbolo cuyo nombre equivale al comienzo de una plegaria. Pero el libro no es la historia de un animalito. Narra con implacable rigor autobiográfico el peregrinaje de Germán desde un rincón pueblerino hasta la gran ciudad, desde un baldío de Junín a la noche de Buenos Aires.

“Nanina” es muchas cosas a la vez. Tanto una novela del desarraigo argentino como la rebeldía de un joven que desde una dolorosa sinceridad dibuja hombres que no son, no fueron ni serán creadores. Desde su infancia al nacimiento de su primr hijo, las imágenes gobiernan a Germán —protagonista—. Lo llevan y traen por el tiempo con alegrías, travesuras y lágrimas. “No, no quiero perder la vida: aun desnudo en el mundo, quiero estar desnudo y vivo en él”. Después descubre la poesía, en los libros y en los días. Germán —autor— narra sin miedo y a veces incomoda la crudeza de su lenguaje. Habla del sexo, de placeres solitarios, de un tortuoso ingreso al mundo de los adultos. Pero los diálogos y las descripciones responden a la realidad. “Nanina” es parte de la vida de alguien que creció entre chatarra humana.

García ingresa a la literatura argentina por la puerta del marginal talentoso. Sus evocaciones de Junín son lo mejor del libro, a ratos saturado por detalles innecesarios, o enriquecido por definiciones inapelables. “Lo cierto es que Buenos Aires fue un sopor lento y estirado, un chicle”. La experiencia de Germán en la urbe es una lucha permanente contra la esterilidad. García vive en un reino que no lo satisface: la avenida Corrientes. “Nanina” nació sobre el restaurante “La Emiliana”, en un hotel; él trabaja en una librería junto al “Gran Rex”

“Cuando conocí Chacarita, que es una ciudad de la muerte con poliefas que dirigen el tráfico, esquinas, cartelitos, etc., ya no tuve dudas de que Buenos Aires era un gran cementerio sin cruces y con muertos movibles, un cementerio a cuerda, por decirlo así”.

Hay otro protagonista en el libro: Antonio, su padre. Un pobre mecánico de pueblo, náufrago terrestre cuyo premio por querer vivir fue la locura. Es en los recuerdos de la relación de Germán con su padre donde “Nanina” alcanza una dimensión que alza la novela. Antonio representa también una patria estancada, la sangre podrida de un pueblo desperdiciado. Por sobre todas las cosas, “Nanina”, es un canto a la necesidad de plenitud, un homenaje a las horas sin huella.